



CEU

Biblioteca

Universidad Cardenal Herrera

GARCÍA SÁNCHEZ, Emilio. "Salvar vidas: la pasión de médicos y enfermeros", en *Las Provincias*, 22-11-2014, p. 30.

Salvar vidas: la pasión de médicos y enfermeros

Salvar vidas. Siempre la misma historia a lo largo de la Historia. Desde Hipócrates hasta Fleming, desde Esculapio a Marañón, y así hasta el último médico y enfermera del último pueblo.

Cada año las mismas respuestas a la misma pregunta que el primer día de bioética formulo a mis alumnos. Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué queréis ser médicos o enfermeros? ¿Cuál el fin esencial de la medicina y la enfermería? Me miran con extrañeza, abriendo los ojos: ¿por qué este profe me hace preguntas importantes? Agitadamente alzan las manos y apunto las respuestas en la pizarra: curar enfermedades, sanar, diagnosticar para curar, cuidar y aliviar a los enfermos, mejorar la salud, curar otra vez... salvar vidas humanas. Sus respuestas confirman el instinto natural grabado a fuego en el médico y la enfermera, convertido en su vocación profesional y en la pasión de sus vidas: socorrer al débil. Algunos estudiantes confiesan con una sabia sencillez: venimos a aprender cómo podemos hacer eso de curar... y ¡salvar vidas!.

Con Teresa Romero lo han visto y vivido con emoción y angustia. Médicos, enfermeras, auxiliares, personal de limpieza... la han salvado de la muerte por ébola. Teresa vive, vive gracias a un equipo de profesionales de salud que han estudiado y se han preparado durante años para ese momento. Y lo habrían hecho con cualquiera porque cada vida importa. Conmueve ver trabajar a estos profesionales en los servicios de neonatología haciendo lo posible y lo imposible por salvar a contrarreloj a bebés prematuros de 1.500 gramos y 47 centímetros. Y salvan a muchos. Son conquistas profesionales que retroalimentan el deseo impulsivo que late con vigor en los que van a ser médicos y enfermeros.



CEU

Biblioteca

Universidad Cardenal Herrera

Por el contrario, el 'fracaso' de la medicina y de la enfermería es la muerte. Su mayor frustración, un trallazo. Porque la vida es un bien y su desaparición un mal. Es mejor vivir que morir, estar sano que enfermo. Y los profesionales de la salud trabajan de noche y de día para hacer eso posible: la vida. Sufren cuando se les mueren los pacientes. No lo festejan. No quieren que se mueran. Por eso investigan, estudian, asisten a congresos, innovan técnicas, descubren tratamientos, vacunas, etc. Se actualizan y mejoran porque lo que quieren es salvar vidas, todas las posibles porque cada vida les importa.

En España hay colegiados 232.816 médicos y 266.495 enfermeros según el Instituto Nacional de Estadística (INE-2013). Ser médico y enfermero está de moda.

Pero ahora bien, a la luz de sus ideales ¿cuántos de ellos están dispuestos a dedicarse como salida profesional a practicar abortos en quirófanos? Me atrevería a decir que no llega a más de 500 los que realizan esos actos en nuestro país. Al final, los que eligen hacer esas tareas en clínicas privadas o en algún hospital público, conforman un número ridículo de sanitarios en comparación con los 500.000 restantes. Quizás lo hacen por dinero pero la mayoría de profesionales de la salud no quieren y rechazan esa oferta. Sin duda, habrá otros tantos médicos y enfermeros que virtualmente estén a favor pero piden que no cuenten con ellos, que lo hagan otros. Porque el médico y el enfermero lo que lleva en la sangre son unas ganas locas de sanar, de salvar vidas. Y esto es muy valioso para echarlo a perder y cambiarlo por aquello. Embarcarse en una carrera con esas ganas para acabar allí lo ven como un fracaso de sus esfuerzos e ilusiones profesionales, un fracaso de la medicina y la enfermería. Porque el sueño terapéutico que alimentaron durante sus estudios, y el impulso vocacional de acabar con patologías, con el cáncer, con el ébola... tal sueño allí se ciega. No solo no curan a nadie, sino que incomprensiblemente hacen lo contrario de lo que siempre habían deseado: dejan de salvar vidas. Y sin ánimo de juzgar a la persona, para un médico y un enfermero deber ser frustrante llegar a casa día tras día sin curar a nadie, y ni siquiera aliviar.

¿Cómo puede la clase médica y enfermera asumir como actividad suya la eliminación de una vida, cuando ellos se consagran para preservarla?



CEU

Biblioteca

Universidad Cardenal Herrera

Médicos, enfermeros, auxiliares, comprometidos en la atención a los frágiles deberían encabezar las movilizaciones y romper el silencio en el que corporativamente algunos se esconden por miedo a la amenaza y a la marginación. Deberían tratar de disuadir a sus compañeros para que salgan de la fila, y dejen de aliarse con intereses de gobernantes y legisladores, de poderes públicos y leyes, de consensos y votaciones. Exigir la independencia y la libertad profesional para que ni el Gobierno ni la sociedad les imponga a los médicos y enfermeros unas limitaciones y unas ordenes, que les obligue a abdicar de sus principios deontológicos elementales de los que se derivan graves deberes contraídos con sus pacientes. Los decretos legislativos –el BOE– no tiene categoría para sustituir a la deontología médica y de la enfermería. Apenas que algunos profesionales sanitarios sigan doblegándose a las ideologías de los que gobiernan, y acaben viéndose a sí mismos como meros empleados asalariados de un sistema en el que trabajan anónimamente ejecutando leyes. Desconcierta que la fuerza arrolladora de la ley esterilice la propia deontología de médicos y enfermeros, sustituyendo su ética profesional por la ética del legislador de turno. Ningún ginecólogo, obstetra, enfermero y auxiliar debería verse obligado a trasladar su responsabilidad personal a un órgano superior para que este les ordene si pueden o no eliminar la vida y en que supuestos. Porque ellos han aprendido con su ciencia y su ética profesional que la primacía de no hacer daño al paciente, de no causarle la muerte, no puede ponderarse su peso con el de otros criterios. El precepto elemental de omitir cualquier conducta que provoque intencionadamente la muerte del paciente no se contrabalancea con ningún otro: es un imperativo médico que antecede a cualquier otro principio y que atraviesa la historia de la medicina y de la enfermería.

¿Se imaginan que los mismos médicos y enfermeros que estarían dispuestos a salvar a cientos de Teresas Romeros y bebés prematuros, se dedicaran en el mismo hospital o en una clínica a impedir la vida de concebidos en el seno de sus madres? Resultaría tan contradictorio para la misión de la medicina y la enfermería que provocaría un trastorno deontológico y personal difícil de soportar y mantener durante mucho tiempo.